

¿UN ALMA PARA EL TRABAJO PROFESIONAL?: EL ALMA SACERDOTAL

*María Mercedes Otero Tomé**

El trabajo en el plan creador de Dios. Trabajo de Cristo, trabajo del cristiano. Participación del cristiano en el Sacerdocio de Cristo, en su misión redentora. El alma sacerdotal de todo fiel cristiano. La Eucaristía fuente y cima del alma sacerdotal. Santa María, modelo para el alma sacerdotal del cristiano.

INTRODUCCIÓN

Nos vamos acercando al noventa aniversario del momento en que San Josemaría dio a luz un preciso querer de Dios: hacer realidad diaria la virtualidad contenida en la gracia bautismal que inserta al cristiano en la vida de Cristo, le hace hijo de Dios y partícipe de su sacerdocio, de modo que su vida ordinaria, “plena de pequeñas realidades terrenas”,¹ en sintonía con Cristo, le perfeccione humanamente, sea cauce de santidad y contribuya a la mejora de la sociedad.

San Josemaría ha sabido mostrar la bondad y la belleza de la vida ordinaria, su potencialidad santificadora y ha contribuido a que los cristianos corrientes comprendan que su vida, tal y como es, con su familia, amistades, trabajo, descanso, actividades sociales, puede ser ocasión de un encuentro con Dios, que una persona puede identificarse en plena calle con Cristo, el Dios encarnado, crucificado y resucitado, sin dejar de ser un ciudadano más entre sus iguales.

De hecho es ya una gozosa realidad en la existencia de muchos miles de cristianos de las más variadas culturas, profesiones y circunstancias personales y familiares; su mensaje ha influido decisivamente en

* Profesora de Teología.

¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 114.

la consideración del trabajo como vocación originaria del hombre, en la valoración de trabajos denominados serviles –todo trabajo es servicio– o poco adecuados para que los desempeñara un cristiano, ha proporcionado un sólido fundamento a todos aquellos dirigidos al cuidado de las personas y ha impulsado a trabajar creando un ambiente de serenidad y comprensión que facilite las relaciones interpersonales e institucionales, que va dejando huellas de auténtico y verdadero progreso humano.

Mucho y muy bien se ha escrito, reflexionado y hablado, con precisión teológica, jurídica, espiritual, pastoral, sobre las líneas maestras del mensaje de San Josemaría, especialmente acerca de la santificación de la vida ordinaria, a través del trabajo: el *santo de lo ordinario* lo llamó S. Juan Pablo II².

Y de nuevo un Simposio se interroga en estos apasionantes momentos, en que se cumplen aniversarios de acontecimientos con especial relevancia histórica en cuanto a la consideración tan diversa que hacen del trabajo humano: *¿un alma para el trabajo profesional?*

A sabiendas de que volveré sobre ideas muy conocidas y certeramente expresadas, me atrevo a responder a ese interrogante desde una perspectiva especialmente querida por el Fundador del Opus Dei a la que se refirió por última vez momentos antes de dejar esta tierra. *¿un alma?: El alma sacerdotal.*

EL TRABAJO EN EL PLAN CREADOR DE DIOS

San Josemaría poseía el don de expresar con una gran sencillez y plasticidad aspectos de la Revelación de una considerable profundidad teológica de los que se derivan muchas y trascendentales consecuencias prácticas para la vida cristiana.

Solía afirmar que su mensaje es *viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo*. De ahí que, para entender y desentrañar la riqueza de sus enseñanzas, es preciso acudir a la Escritura Santa en la que encontramos aquellas verdades que Dios ha querido poner de nuevo en primer plano a través de San Josemaría: la llamada universal a la santidad en medio del mundo.

² SAN JUAN PABLO II, *Discurso*, 7-X-2002, 2.

Es evidente que meditó asiduamente la Palabra de Dios y en ella encontró sus designios para la humanidad. Contempla en el Génesis el mundo salido de las manos del Creador, bellísimo, y lo ama apasionadamente como lugar pensado y querido para que nos encontremos con El: “Un hombre, sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo”³, un mundo que forma parte de la herencia con que Dios ha querido dotar a todos sus hijos⁴ herencia que conlleva hacerle participe de su poder creador: “Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla”⁵, herencia que entraña el trabajo de perfeccionar el patrimonio recibido: “cultivar y custodiar el jardín”. El mundo creado tiene su bondad y perfección propias, pero no salió perfectamente acabado de las manos del Creador. Fue creado *in statu viae*, lo dejó encaminado a una perfección última que alcanzará con la colaboración del hombre⁶ quien está llamado a contribuir con su trabajo a llevarlo nuevamente a Dios, a manifestar su dimensión divina⁷, a perfeccionarse a sí mismo imitando el trabajo de Dios y a servir a los demás y a la sociedad.

El amor al mundo está relacionado en el mensaje de San Josemaría con la valoración humana y cristiana de todas las realidades terrenas: sociedad, familia, trabajo, artes, cultura, deporte... Nos referiremos especialmente al modo en que contempla el trabajo, con qué alma puede realizarse que, como es conocido y ha sido ampliamente estudiado, es un aspecto central en el mensaje del Opus Dei. Su Fundador lo destaca porque, dentro de la santificación de la vida ordinaria, tiene un lugar de particular importancia para el perfeccionamiento de la persona y, a través de ella, del trabajo mismo y de la entera sociedad.

El trabajo, toda actividad humana, es vocación inicial del hombre desde la Creación. Forma parte del designio divino que desea asociar a todos los hombres, sus hijos, a su obra creadora. “El cristiano percibe

³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 116.

⁴ Cfr. Ps II, 8. “Este mundo es nuestro: es obra de Dios y nos lo ha dado en herencia (...) Nosotros, hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, participamos de su herencia, que es el mundo entero: (...) porque si somos hijos de Dios, somos herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo”. *Carta 30-IV-1946*, n. 46.

⁵ Gn 1,28.

⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 302.

⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 10.

con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre”⁸. No ve en el trabajo un castigo ni lo realiza como un esclavo porque, sea cual sea su actividad, trabaja en algo propio, de su Padre, y como un buen hijo “acepta gustosamente la necesidad de trabajar en este mundo durante muchos años (...) al servicio de Dios y de la Iglesia”⁹. El Concilio Vaticano II hablará del trabajo como “una prolongación de la obra del Creador, una aportación personal a la realización del plan de la Providencia en la historia (...) un modo de colaborar a la terminación de la creación”¹⁰.

Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza¹¹ y éste buscará una semejanza con Dios cada vez más completa, hasta llegar a la identificación, que se realiza esencialmente por la gracia, en la oración, en los sacramentos y participando por medio del trabajo en la acción creadora de Dios. La finalidad del trabajo humano es, en definitiva, servir de medio al hombre para alcanzar una más intensa participación en la vida divina a través de la participación en la acción creadora.

En el plan originario divino antes del pecado, el hombre, a través de su actividad, se debía unir a Dios. Después del pecado, el trabajo ha experimentado el “esfuerzo, fatiga, cansancio (...) que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención”¹², pero ha vuelto a entrar en la historia de la salvación de la mano de Cristo Redentor, que ha liberado a toda la creación y al hombre de la esclavitud del pecado con su Sacrificio, como Sacerdote eterno, y de este modo sigue siendo una realidad santificable y santificadora y, por tanto, medio de unión con Dios.

TRABAJO DE CRISTO, TRABAJO DEL CRISTIANO

La valoración de la vida ordinaria –trabajo, relaciones familiares, actividades sociales– tiene, por tanto, una clara raíz cristológica. El Verbo

⁸ ID., *Es Cristo que pasa*, n. 138.

⁹ ID., *Amigos de Dios*, n. 297.

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, nn. 34 y 67.

¹¹ Gn 1,26.

¹² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 47.

ha asumido la naturaleza humana y también la misión que había recibido de Dios: el trabajo, en manos de Cristo, ha recuperado su dignidad originaria, ha adquirido un sentido más pleno y elevado. “En manos de Jesús, el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación”¹³ y constituye un elemento esencial de la imitación de Cristo, Sacerdote, Mediador.

Esta verdad tiene una gran carga paradigmática para el cristiano que es introducido en la vida de Cristo por el bautismo y recibe una participación en la filiación –hijos en el Hijo– y por tanto en su vida, en su sacerdocio, en su misión redentora. El cristiano participa del sacerdocio de Cristo para ser mediador entre Dios y los hombres y recibe el mundo como heredad para ejercer su sacerdocio en la vida ordinaria¹⁴.

De este modo, va tomando posesión de la herencia santificando su trabajo, su quehacer, todo su entorno, con una cristiana mentalidad laical, la de quien, como miembro de la Iglesia, asume la misión recibida en el Bautismo que le lleva a santificarse y santificar su entorno, actuando siempre en nombre propio, con responsabilidad personal y, por tanto, sin pretender que sus planteamientos sean los únicos, los correctos, lo que le facilitará una pacífica convivencia con todos aquellos que opinan de modo diverso. “Con mentalidad plenamente laical, ejercitáis ese espíritu sacerdotal, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. To-

¹³ ID., *Conversaciones*, n. 55. “Sabemos que el hombre ha sido asociado a la obra redentora de Jesucristo, que ha dado una dignidad eminente al trabajo ejecutándolo con sus propias manos en Nazareth” (CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 67).

¹⁴ El Concilio Vaticano II en el contexto del sacerdocio común de los fieles, lo expresa de una manera especialmente luminosa: “Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, desea continuar su testimonio y su servicio (...) a aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. (...) Todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen con toda piedad junto con la oblación del Cuerpo del Señor” (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 34).

do es hostia viva, santa, grata a Dios: ése es vuestro culto racional (Rom 12,1)”¹⁵.

PARTICIPACIÓN DEL CRISTIANO EN EL SACERDOCIO DE CRISTO, EN SU MISIÓN REDENTORA

Mons. Escrivá enseñó de un modo particularmente claro y vivo que mediante la incorporación a Cristo en el bautismo, el cristiano empieza a vivir una vida nueva, comienza a tomar parte ya aquí de lo más sustancial de la herencia: la misma vida de Cristo¹⁶. Puede ser introducido en la vida divina¹⁷ porque la Persona divina del Verbo, en ese misterio de recíproca participación ha hecho posible que su Humanidad Santísima esté de alguna manera presente con su virtualidad de modo permanente en el cristiano¹⁸, causando la gracia y *fundando* sobrenaturalmente todas sus operaciones, que pueden llamarse en verdad obras de Cristo porque participan de la vida de Cristo. Por eso San Josemaría afirmará que la vida de Cristo es vida nuestra: “Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre en estado de gracia está *endiosado*”¹⁹.

No se trata simplemente de la imagen de Cristo que surgiría de la imitación exterior, necesaria también, sino de identificación con la vida de Cristo que se realiza a través de toda su actuación. La gracia sobrenatural –que en la actual economía es *gratia Christi*, nos viene desde Cristo y nos hace semejantes a Cristo– y el influjo permanente

¹⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta 6-V-1945, n. 27. Texto citado en Ernst BURKHART y Javier LÓPEZ DÍAZ, *Vida cotidiana y santidad en las enseñanzas de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. III, Rialp, Madrid 2013, p. 109.

¹⁶ La gracia es participación de la naturaleza divina *en cuanto divina*; por tanto, por muy variados que sean los grados de intensidad con que se posea, es siempre la misma realidad específica. La vida sobrenatural de Cristo hombre y la de los demás hombres son unívocas y perfectamente homogéneas. Cristo, por la gracia capital, es *principium quasi univocum et unius generis* (SANTO TOMÁS, *In III Sent.*, d. 13, q. 2, a.1).

¹⁷ Cfr. Fernando OCÁRIZ, *La Santísima Trinidad y el misterio de nuestra deificación*, en “Scripta Theologica” 6 (1974) 363-390.

¹⁸ El misterio de la Encarnación y de la Redención es “misterio de participación recíproca” (Cornelio FABRO, *La nozione metafísica di partecipazione*, SEI, Torino, 1963, p. 313). El Verbo es, por Voluntad del Padre, Vida por esencia y principio de toda vida participada. Cfr. SANTO TOMÁS, *Comm. In Evangelium Ioannis*, c. V, lect.5.

¹⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 103.

de la Cabeza en los miembros configuran al cristiano con Cristo en el orden entitativo y permiten una auténtica identificación –y no sólo semejanza– en el orden de sus actuaciones. Es decir, las obras de un cristiano pueden y deben ser verdaderamente obras de Cristo porque esa raíz sacramental debe redundar en la vida. Se trata de “dejar que su vida se manifieste en nosotros”²⁰ que dentro de nosotros sea principio de la vida que ha querido comunicarnos, uniéndonos a El de modo análogo a como están unidos la cabeza y los miembros del cuerpo. “Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes”²¹.

Por eso, si “acepta que en su corazón habite Cristo”²², participará también de su misión redentora en todo su actuar, porque ningún aspecto de la vida de Cristo puede separarse de esa misión. ¿De dónde procede la eficacia mediadora, redentora, de la actividad del cristiano? De su participación en las obras de Cristo: podría decirse que son obras del mismo Cristo que actúa por medio del cristiano.

La profundización en el valor redentor de *toda* la vida de Cristo es uno de los aspectos que expresó con particular incisividad el Fundador del Opus Dei: se inserta en el centro de su mensaje: “No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con El una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: *por nosotros y por nuestra salvación*, bajó del cielo, rezamos en el *Credo*”²³.

Tampoco en el cristiano, asumido por Cristo por la gracia²⁴ puede haber ninguna actividad que no esté impregnada de afán redentor porque “abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter*

²⁰ *Ibid.*, n. 104.

²¹ *Ibid.*, n. 174.

²² *Ibid.*, n. 183.

²³ *Ibid.*, n. 122.

²⁴ S. Gregorio de Nisa en el *Adversus Eunomium*, con la palabra *asumir* designa no sólo la acción por la que el Verbo toma una naturaleza humana, sino también la acción de Cristo por la que hace partícipe al cristiano de su gracia, lo une a Sí mismo para salvarlo: “*Quod non est assumptum, non est sanatum*” expresa la realidad del cristiano salvado, asumido por Cristo por la gracia, de modo semejante a como la naturaleza humana de Cristo es asumida por su Persona divina. Cfr. S. GREGORIO DE NISA, *Adversus Eunomium*, I, 2, 12: PG 45, 369; PG 45, 953).

Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención”²⁵.

Para expresarlo con mayor precisión, todos los fieles cristianos por el carácter sacramental del Bautismo y la Confirmación son configurados con Cristo sacerdote y, unidos a El, cada uno según su condición, pueden dar a Dios un culto perfecto, un culto existencial, entregando su propia vida, todo su obrar, para que a través de ella se actúe la Redención. “Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 Pet, II, 5), para realizar nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre”²⁶.

Dios ha querido hacer partícipe al cristiano del carácter pleno y definitivo del Sacerdocio de Cristo para seguir manteniendo su presencia redentora entre los hombres: “¡Siempre Cristo *que pasa!* Cristo que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos los cristianos”²⁷.

La vocación de todo fiel cristiano a participar del único Sacerdocio de Cristo la contempla San Josemaría en relación estrecha con el sacerdocio ministerial y subordinada a éste. La diferencia, no sólo de grado sino esencial, la expresó el Concilio Vaticano II: “El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo”²⁸.

EL ALMA SACERDOTAL DE TODO FIEL CRISTIANO

Cuando explica la doctrina teológica del sacerdocio común de los fieles, San Josemaría no se limita, como en cualquier otro aspecto de su predicación, a hacer una exposición teórica, sino que invita y enseña

²⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 183.

²⁶ *Ibid.*, n. 96.

²⁷ *Ibid.*, n. 71.

²⁸ CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10.

a plantearse toda la existencia bajo el impulso de lo que certeramente describió como *alma sacerdotal*, expresión con la que quiere designar la disposición habitual de ejercer la propia participación en el sacerdocio eterno de Cristo.

Entendió el sacerdocio común, en base a los datos revelados, como un don para todo bautizado, hombre y mujer. Algunas de sus afirmaciones más claras respecto a esta doctrina están dirigidas a mujeres. “Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo por aquí. Vuestros hermanos seglares también tienen alma sacerdotal. Podéis y debéis trabajar con esa alma sacerdotal; y con la gracia del Señor y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz”²⁹, afirmó el 26 de junio de 1975 unas horas antes de dejar esta tierra. Y en otra ocasión cercana, con la misma claridad: “Yo en el altar, soy Cristo, no soy Josemaría. Tú eres mujer, pero tienes también alma sacerdotal, lo dice San Pedro: vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa... y lo dice a hombres y a mujeres, a todos los cristianos: por tanto eres *ipse Christus*, el mismo Cristo”³⁰.

Así como el alma es forma del cuerpo, el alma sacerdotal debe informar la entera actividad de la existencia cristiana y se pone en ejercicio en la medida en que está unida a la raíz de la gracia. “Si actúas –vives y trabajas– cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal, aunque no seas sacerdote, toda tu acción cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida tu vida entera a la fuente de todas las gracias”³¹.

Y de modo semejante a como en la vida de Cristo todas sus acciones estuvieron penetradas de afán redentor, el alma sacerdotal del cristiano, que participa de los mismos sentimientos, sentirá la llamada a convertir toda su vida en alabanza a Dios, en unión con Cristo, especialmente en el Sacrificio del Altar donde puede unir el esfuerzo, el sacrificio que comporta el trabajo bien hecho, a la Cruz de Cristo, que ilumina la vida corriente del cristiano proporcionando valor redentor a sus tareas por mínimas que parezcan.

²⁹ ÁLVARO DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, en “Palabra” 130 (1976) 208.

³⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Apuntes de la predicación*, 25-VI-1974, AGP, P05 (I/1974), p. 587.

³¹ *Id.*, *Forja*, n. 369.

LA EUCARISTÍA FUENTE Y CIMA DEL ALMA SACERDOTAL

Se comprende que la manifestación más importante del alma sacerdotal sea amar el Santo Sacrificio de la Misa. La Eucaristía es la fuente de donde brota y se comunica la vida de Cristo y cima a la que se dirige toda la actividad del cristiano, donde adquiere toda su jornada –trabajo, vida familiar, relaciones sociales, descanso– valor de sacrificio, de culto existencial. “El hombre cristiano que en la Eucaristía y en los sacramentos recibe la eficacia santificadora y adorante del culto existencial de Cristo, debe hacer también de su propia vida un “sacerdocio”, una “hostia” y un “sacrificio existencial en medio del mundo”³².

San Josemaría aconsejó renovar en la Santa Misa el ofrecimiento de la propia vida, del trabajo, de toda la actividad diaria para que, al ser asumidas por Cristo, Sacerdote y Víctima, reciban valor redentor. Esa ofrenda permitirá vivir con alma sacerdotal durante la jornada entera. “Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como El trabajaba y amar como El amaba?”³³.

El cristiano no sólo puede ofrecer todas sus tareas en la Misa, sino que puede hacer de esas tareas “una Misa”. Ese ofrecimiento no es algo aislado, sino que ha de llevar a transformar la propia vida, que se convierte toda ella en eucarística³⁴ y redunda en la transformación del entorno en que está inmerso el cristiano³⁵

En perfecta sintonía con el núcleo de su mensaje –la santificación en medio del mundo, en la actividad de la vida ordinaria– subraya la necesidad de que el alma sacerdotal impregne toda la actuación del cristiano sea, por tanto, *el alma de su trabajo*: “Nosotros hemos de vivir especialmente aquello de que la Misa es el centro de la vida interior, de tal manera que sepamos estar con Cristo, haciéndole compañía a lo largo de la jornada, bien unidos a su sacrificio: *todo nuestro trabajo tiene ese sentido*. Y esto nos llevará durante el día a decir al Señor que nos ofrecemos por

³² Pedro RODRÍGUEZ, “Lo sagrado y el misterio eucarístico según Santo Tomás”, Conferencia pronunciada en la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino, 25 de junio de 2005, pp. 12 y 14 (*pro manuscripto*).

³³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 154.

³⁴ Cfr. SAN JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 17-IV-2003, n. 20.

³⁵ Cfr. *ibid.*

El, con El y en El a Dios Padre, uniéndonos a todas sus intenciones, en nombre de todas las criaturas. Si vivimos así, todo nuestro día será una Misa: desde que nos levantamos hasta que nos acostemos”³⁶.

Para que el trabajo sea ofrendado con ese sentido sacerdotal es preciso que esté bien hecho, realizado con competencia profesional, con dominio de la técnica correspondiente, con un horizonte amplio de espíritu de servicio, poniendo en ejercicio las virtudes cristianas: honradez, laboriosidad, orden, alegría, constancia, optimismo, mansedumbre, que le van configurando progresivamente más y más con Cristo³⁷.

Trabajar así, con un trabajo que tiene sus raíces en el amor, se realiza por amor y su fin es el amor³⁸ propicia un clima, un estilo, una savia que facilita el diálogo con Dios, impulsa a buscar el bien de los demás y de la sociedad en que se vive, se convierte en *Opus Dei, operatio Dei*, es un trabajo santificador y corredentor que colabora “humildemente, pero fervorosamente, en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que ha desordenado el hombre pecador, de llevar a su fin lo que se descamina, de restablecer la divina concordia de todo lo creado”³⁹.

SANTA MARÍA, MODELO PARA EL ALMA SACERDOTAL DEL CRISTIANO

Para terminar, me parece necesario considerar que la Santísima Virgen María recibió la participación más alta en el Sacerdocio de Cristo en un orden superior al sacerdocio común y ministerial. Fue Correden-

³⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Apuntes de una meditación*, 27-V-1962, (AGP, Po1 II-1969, p.11).

³⁷ “Lo que he enseñado siempre –desde hace cuarenta años– es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales –a manifestar su dimensión divina– y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en *operatio Dei, opus Dei*” (*Conversaciones*, n. 10).

³⁸ *Id.*, *Es Cristo que pasa*, n. 48.

³⁹ *Ibid.*, n. 65.

tora desde que pronunció el *fiat* que abrió camino en el tiempo a la Redención⁴⁰.

En unión íntima con su Hijo –le acompañó paso a paso– dirigió toda su vida, su quehacer sencillo, sus alegrías y dolores hacia el fin de la Redención⁴¹ hasta el momento culminante de la Cruz: “Nuestra Señora escuchaba las palabras de su Hijo, uniéndose a su dolor: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mt XXVII, 46). ¿Qué podía hacer Ella? Fundirse con el amor redentor de su Hijo, ofrecer al Padre el dolor inmenso –como una espada afilada– que traspasaba su Corazón puro”⁴².

Santa María es modelo, unido y subordinado al de Cristo, de alma sacerdotal para todo cristiano. Ella nos muestra el camino que ha seguido, su participación humilde, discreta y eficazísima en la tarea de la Redención. Ese ha de ser también nuestro camino.

⁴⁰ ID., *Camino*, n. 512.

⁴¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, nn. 61-62.

⁴² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 288.